

RODRÍGUEZ PASTOR, Humberto. *Herederos del dragón. Historia de la comunidad china en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2000, 526 pp.

Un nuevo estudio sobre la presencia china en el Perú ha entregado Humberto Rodríguez Pastor, publicado por el Fondo Editorial del Congreso Nacional. *Herederos del Dragón. Historia de la comunidad china en el Perú*, es un aporte del autor que ya en 1989, con el sello del Instituto de Apoyo Agrario, nos había ofrecido *Hijos del Celeste Imperio en el Perú (1850-1900). Migración, agricultura, mentalidad y explotación*.

Aunque en los últimos decenios los asuntos vinculados a la llegada y la presencia china en el Perú han ocupado la atención de los estudiosos, evidentemente el tema no es nuevo. Hace 110 años, Juan de Arona, seudónimo de Pedro Paz Soldán y Unanue, en su *La Inmigración en el Perú*, nos ilustraba sobre ello y ya mencionaba la existencia de "chinógrafos", neologismo de entonces que podemos constatar no alcanzó mayor fortuna. Para entonces, casi contemporáneamente al escrito de Arona, salía a la luz en Alemania el valioso texto de Middendorf, *El Perú*, en cuyo primer tomo se ocupa de los chinos. Antes, aunque muy brevemente, también lo había hecho Francisco García Calderón, básicamente desde el punto de vista legal, en su soberbio *Diccionario de la Legislación Peruana*.

De los trabajos más modernos, habría que mencionar sin duda a Watt Stewart, que hace 25 años nos entregó su *La servidumbre china en el Perú*, editado a su vez 25 años antes en inglés bajo el sello de la Universidad de Duke. El libro lleva por subtítulo *Una historia de los culíes chinos en el Perú, 1849-1874*. Posteriormente numerosos estudios han enriquecido el tema; entre esos autores se debe mencionar a Wilma Derpich, Emilio Choy, Cecilia Méndez (específicamente para el trabajador chino del guano), y sin duda a Fernando de Trazegnies con su *En el País de las Colinas de Arena*.

Rodríguez Pastor centra inicialmente su estudio en la etapa que con acierto denomina de la "semiesclavitud a contrato", que

en líneas generales abarca los 25 años (1849-1874) en que, aunque con intervalos, rigió la norma que estimulaba la inmigración china; en cifras, también generales, se calcula que llegaron unos cien mil chinos, de los cuales la mayor parte, casi el 50%, lo hicieron entre 1870 y 1874.

Rodríguez Pastor trata diversos aspectos, algunos de ellos casi no tocados en sus trabajos anteriores; entre ellos, la ausencia de inmigración femenina, que constituyó, desde el primer tráfico que realizó Domingo Elías, una realidad tangible; también se acerca al tema tan difícil de los primeros orientales que asumieron el riesgo de abrir sus propios negocios, y cuyas vicisitudes nos hacen recordar a Kin Fo, personaje recreado o imaginado por Trazegnies.

Desde esos temas iniciales, Rodríguez Pastor va entretejiendo con certeza la lenta incorporación de aquella comunidad oriental a actividades diversas, especialmente en las tareas agrícolas costeñas, cuya importancia juzga de tal magnitud que alcanza a afirmar: "si no hubiera habido chinos en las haciendas costeñas en el siglo XIX, posiblemente no habrían logrado la riqueza, la ubicación social y el poder político que tuvieron los latifundistas costeños, y diferente hubiera sido nuestra historia republicana decimonónica". Afirmación ucrónica, que sin duda depara en los lectores más de una reflexión.

Más allá de lo propuesto explícitamente por Rodríguez Pastor, podríamos pensar que muchas otras reflexiones provoca la lectura que nos entrega: por ejemplo, la presencia de chinos en distintos y distantes lugares del Perú; recoge con acierto expresiones del gran viajero alemán Middendorf cuando dice: "Los restaurantes chinos son de gran utilidad para todos aquellos que viajan por el norte del Perú. Hasta muchos lugares insignificantes del interior, siempre que se hallen en un camino relativamente frecuentado, se encuentran pequeñas colonias de hijos del Celeste Imperio que tienen fondas donde se puede comer platos preparados al estilo del país...".

Así, Rodríguez Pastor nos va mostrando cómo a través de múltiples oficios, y con particular iniciativa, los coolíes fueron difun-

diéndose por distintos lugares del Perú, luego de haber cumplido con los plazos que los sometían a permanecer en determinados espacios, dedicados a las tareas a que habían sido convocados.

De las actividades iniciales que los tuvieron en las islas guaneras y en los centros agrícolas, pasaron más adelante a compartir con indios y chilenos las labores de construcción de ferrocarriles, a dedicarse al comercio al menudeo o en “chinos” de las esquinas, no solo en Lima, estableciendo también peluquerías y, más adelante, entre otras tantas actividades, en el oficio de aguadores, cuando los negros —esclavos y horros— ya no tuvieron el monopolio de tal quehacer. Rodríguez Pastor nos muestra el afán de superación de los chinos, muchos de los cuales pudieron hacerse de capitales pequeños y también mayores.

Más allá de las modas actuales, avanza también el autor en el tema de la culinaria china, que tuvo muchas veces como base el arroz, dando origen a nuestra *arrozfagia* o *arrozfilia*; es por esa vía que entró mucho de la cultura china en hogares que tenían a chinos en la servidumbre, verdaderos “endoculturadores”, como los denomina Rodríguez Pastor (p. 221).

Mucho de vital podríamos resaltar en el relato que Rodríguez Pastor realiza; cabe mencionar su descripción, realmente reconstructora, de lo que fue la calle Capón y sus vecindades, entre ellas el que fuera famoso jardín-callejón Otaiza que ocupaba un espacio entre el jirón Andahuaylas y las antiguas calles Capón, Rectora y Santa Rosa de las Monjas.

El libro se enriquece con anexos y con la inclusión de comentarios y entrevistas. Saludamos, pues, esta nueva entrega que nos hace Humberto Rodríguez Pastor, cuyo nombre ya queda como indispensable para quien desee acercarse al tema de la presencia china entre nosotros. La pasión que sobre estos asuntos absorbe al autor queda reflejada cuando, en el texto que comentamos, ya nos anuncia un próximo título sobre la presencia oriental en la hacienda San Nicolás.

Percy Cayo Córdova
Universidad del Pacífico